

Galería de Papel. Rodolfo Hernández. 1999



Entre el reproche y el reconocimiento

# Enseñar el periodismo

*¿Se aprende, se hace?*

**P**olonia, 1950: “Empecé a escribir como poeta. Cuando estaba todavía en el colegio, publiqué algunas poesías, el director de una revista se fijó en mí y me pidió que trabajara para ellos en cuanto acabara los estudios. Así que terminé la escuela a los dieciocho años y al día siguiente empecé a trabajar como periodista. Desde el primer momento descubrí lo fascinante que es esta profesión”.

**Lima, 1952:** “Había que comenzar la noticia con el *lead*, el hecho central, resumido en breve frase, y desarrollarlo en el resto de la información de manera escueta y objetiva. ‘El éxito de un reportero está en saber encontrar el *lead*, mi amigo’. Cuando le llevé, temblando, la noticia redactada, la leyó, tachó algunas palabras inútiles –‘Concisión, precisión, objetividad total, mi amigo’– y la mandó a talleres. No debo haber dormido aquella noche, esperando verme en letra impresa. Y, a la mañana siguiente, cuando compré *La Crónica* y la hojeé, ahí estaba el recuadro: ‘Esta mañana presentó sus cartas creden-

*Las aguas se siguen dividiendo cuando se trata de discutir cuál es el lugar y la forma de enseñar periodismo. A pesar de la legitimidad alcanzada por la enseñanza profesional en las aulas universitarias, la crisis de la formación y del ejercicio profesional ha llevado a plantear las viejas preguntas de siempre: ¿se puede enseñar periodismo en las aulas? ¿Cómo enseñarlo más allá del ejercicio práctico cotidiano? Estas páginas se asoman a las orillas desde las cuales se cuestionan y se defienden la calle y la Academia como nichos para el oficio*

■ **Moraima Guanipa**

ciales el nuevo embajador de Brasil, señor don...’ Ya era un periodista”.

**Bogotá, 1953:** “Su propuesta en términos solemnes fue que me quedara en el periódico como redactor de planta para escribir sobre información general, notas de opinión, y cuanto fuera necesario en los atafagos de última hora. (...) Así ingresé como redactor de planta de *El Espectador*, donde consumí la mayor cantidad de papel de mi vida en menos de dos años”.

**Caracas, 1958:** “¿Por qué periodismo? Funcionó sin duda un mecanismo parecido al de Salvador (Garmendia) cuando se inclinó hacia la radio: el oficio me permitía estar más cerca del ambiente de escritores y poetas, pero mis inicios no fueron precisamente en ese medio. En esa época, se consideraba que la verdadera formación de un periodista pasaba por la cobertura de todas las fuentes, desde sociales hasta sucesos, economía, política y deportes”.

**Montevideo, 1966:** “¿Saldremos hoy? Nunca se sabía. Llegaba la medianoche y las agencias se habían llevado los teletipos, por falta de pago; nos habían cortado el teléfono; se caía y se rompía la única radio. Las máquinas de escribir no tenían cinta y a las dos de la mañana salíamos a buscar bobinas de papel (...) Nos faltaba edad para arreperitarnos de la alegría. A las tres de la mañana, cuando terminaba la tarea, abríamos cancha entre los escritorios de la redacción y jugábamos al fútbol con una pelota de papel”.

Son recuerdos prestados, extraídos de las memorias y los decires de conocidos escritores y periodistas: el polaco Ryszard Kapuscinski inició una de las más apasionantes trayectorias periodísticas contemporáneas, como corresponsal en distintos países del Tercer Mundo. El escritor peruano Mario Vargas Llosa, con apenas 16 años de edad, se acercó al oficio periodístico en el diario limeño *Crónica*. Gabriel García Márquez, entró al diario bogotano, *El Espectador*, luego de abandonar sus estudios de leyes y de haberse iniciado en periódicos de Barranquilla y Cartagena. En Caracas, la poeta Miyó Vestrini, se dedicaba a abrirse camino como la gran periodista que fue, luego de iniciarse en diarios zulianos. El uruguayo Eduardo Galeano, participaba de la aventura de editar bajo el acoso de la censura el diario *Época*.

Estos recuerdos tienen un común denominador: nos dicen cómo desde hace medio siglo apenas, la formación del periodista estaba en las salas de redacción de periódicos y revistas. Por entonces, el oficio se forjaba en la calle, cocinado en la

“

**Transcurrido casi un siglo de existencia de las escuelas de periodismo en el mundo, la formación profesional mantiene un pie en la calle, pero otro en la Academia, en una dualidad que sigue abriendo aguas a favor o en contra y que a su manera sigue haciendo suya la pregunta “¿cómo se llega a ser periodista?”**

”

tinta negra de las imprentas, ejercido por oficientes mordidos por los desvelos literarios y la bohemia. En estos como en tantos otros casos, la formación profesional fue un asunto de experiencia y de calle, cuyos maestros eran las figuras tutelares de algunos directores, jefes de redacción y veteranos reporteros. Era, como bien recuerda García Márquez en sus memorias (2002), “una época en la que el oficio no lo enseñaban en las universidades sino que se aprendía al pie de vaca, respirando tinta de imprenta”.

Hoy, transcurrido casi un siglo de existencia de las escuelas de periodismo en el mundo, la formación profesional mantiene un pie en la calle, pero otro en la Academia, en una dualidad que sigue abriendo aguas a favor o en contra y que a su manera sigue haciendo suya la pregunta formulada por E. Dubief en 1892, “¿cómo se llega a ser periodista?”. A la cual todavía hoy se le podría añadir otra interrogante: ¿Dónde se forma?

La respuesta ofrecida por Dubief hace una centuria todavía podría ponerse en boca de muchos hasta bien entrado el siglo XX: “No hay estudios profesionales que realizar, ni diplomas que obtener, ni exámenes que pasar” (Urabayén, 1988), en especial en un mercado que —a diferencia de lo que sucede en países como Venezuela— no reserva la práctica profesional a los egresados de una carrera universitaria es-

pecífica: Periodismo, Comunicación Social. Recordemos que en nuestro país, a partir de la promulgación de la Ley del Ejercicio del Periodismo (1972), la profesión periodística, ampliada hacia distintas vertientes de la Comunicación Social, le corresponde por ley sólo a los egresados universitarios en Escuelas de Comunicación Social.

Y si bien hoy por hoy en distintos países resulta natural señalar a las Universidades como los centros por excelencia para la formación profesional de los periodistas, se sigue poniendo en cuestión el hecho de que deba aprenderse con el paso obligado por las aulas universitarias o si —en clara remembranza de sus orígenes artesanales— no debería volver sobre su propia práctica en salas de redacciones, en el ejercicio diario. Esta dualidad también ha sido destacada por los investigadores españoles Humanes y Ortega, al poner de relieve el delicado filo sobre el cual se mueve la enseñanza de una profesión:

*Las posturas respecto al establecimiento de una formación profesional específica para los periodistas se mueven entre dos polos: por un lado, quienes consideran que el ejercicio del periodismo requiere la adquisición de una serie de conocimientos específicos; por otro, los que defienden que el periodista aprende las técnicas del trabajo en las redacciones. Desde el ámbito profesional se ha señalado una contraposición entre los valores profesionales que se enseñan en la universidad, de carácter más abstracto, y los que ofrecen las redacciones, basados en las destrezas profesionales y las rutinas concretas (Humanes y Ortega, 2000:108).*

## **I. DE “CASTA PARIÁ” AL RECONOCIMIENTO SOCIAL**

Un apurado paseo por la bibliografía sobre el tema de la formación profesional del periodista lleva a reconocer la antigüedad del debate sobre cómo formar y qué contenidos se deben aportar en su enseñanza, pero también pone en evidencia el creciente valor y la legitimación social adquiridos por el periodismo a lo largo del siglo XX. Y en esto último se reconoce por una parte, el aporte de un ejercicio profesional de alta factura, pero por otra, a la formación académica y universitaria. Desde ambos frentes se ha intentado limpiar, no siempre con mucho éxito, esa suerte de bastardía de origen del periodismo como hijo de la calle, pariente pobre de la literatura, negado por ésta en muchos

casos, visto con desprecio en otros tantos, enfrentado a su propia colección de denominaciones peyorativas: *fablistanes, plumíferos, doxósofos, gacetilleros*, y paremos de contar.

Basta recordar las visiones a medio camino entre el desprecio y la conmisericordia de algunos intelectuales de ayer y de hoy, ante los desvíos del periodismo. Piénsese en la sentencia nietzscheana de finales del siglo XIX, según la cual los alemanes hablaban con la lengua bárbara de los periódicos. O los epigramáticos ataques contra el periodismo propinados por el escritor Karl Kraus, una de las más altas figuras de la cultura vienesa decimonónica, a quien se le deben expresiones como las siguientes: “Los cuchillos dicen: ¡sin nosotros no habría jamón! Los periodistas dicen: ¡sin nosotros no habría cultura! Los gusanos dicen: ¡sin nosotros no habría cadáver!” (Kraus, 1998: 50). O los calificativos del filósofo Ortega y Gasset, quien si bien reconocía que él mismo acaso no era otra cosa que periodista, los acusaba de pertenecer a “una de las clases menos cultas de la sociedad” (Urabayén, 1988).

No obstante, en un registro opuesto al de estas opiniones, a las que habría que sumar las contemporáneas reservas y ataques de intelectuales como Milan Kundera o Pierre Bordieu, se pueden ubicar los esfuerzos de escritores y periodistas, así como el rigor académico de estudiosos de la comunicación social, por darle a la profesión y a su ejercicio, un lugar destacado entre las prácticas sociales de nuestro presente. En este sentido, resulta aleccionador encontrar la visión aportada desde la sociología por Max Weber, quien en 1910 preanunció la importancia social de la naciente profesión, que por entonces escapaba a cualquier clasificación social y representaba “una especie de casta paria”. Weber, como bien indican Humanes y Ortega, supo comprender el alcance y la responsabilidad social del periodismo, cuando equipara la calidad de un buen texto periodístico con cualquier obra intelectual, incluso tomando en cuenta la premura, la asignación por encargo y la finalidad de producir “efectos inmediatos”, lo cual lo lleva a sentenciar que “[...] Pocas gentes saben apreciar que la responsabilidad del periodista honrado en nada le cede al de cualquier otro intelectual” (Humanes y Ortega, 2000: 101).

¿Qué enseñar? ¿Cómo hacerlo? ¿Desde qué perspectivas? ¿Cómo alcanzar el necesario equilibrio entre una y otra aspiración? ¿Cómo evitar que los desajustes

“

**Weber, como bien indican Humanes y Ortega, supo comprender el alcance y la responsabilidad social del periodismo, cuando equipara la calidad de un buen texto periodístico con cualquier obra intelectual, incluso tomando en cuenta la premura, la asignación por encargo y la finalidad de producir “efectos inmediatos”**

”

curriculares tanto como los excesos del empirismo, produzcan un profesional escindido entre el aprendizaje crítico hacia los medios de comunicación y su irremediable destino laboral de pieza en el engranaje mediático? ¿Cómo ir más allá en una formación que aporte profesionales intensamente afanados en darle lustre a la técnica reporteril pero epistemológicamente limitados para reflexionar sobre el alcance social de su profesión? En el terreno de las respuestas no hay acuerdos generales, más bien atisbos, críticas y reafirmaciones que vienen de una u otra orilla, de la reflexión profesional sobre el oficio periodístico y de la reflexión académica sobre un oficio cuya presencia y proyección social van en aumento.

## II. DE LA CALLE HACIA LA ACADEMIA

Una de las mayores críticas que se le ha encontrado a la enseñanza universitaria del periodismo y, por extensión de la Comunicación Social, es la relevancia y el peso que adquiere la teoría sobre la práctica profesional. Se acusa a las escuelas de haber reducido la aproximación al periodismo a una retórica aprendida en el redil académico, ajeno a los pálpitos de la calle, de la realidad. Una de las voces más calificadas y a las cuales se les ha prestado mayor atención y cita es a la del escri-

tor y premio Nobel colombiano, Gabriel García Márquez, cuya trayectoria en el periodismo resulta legendaria. Un texto suyo titulado *El mejor oficio del mundo* es paradigmático en este sentido.

García Márquez plantea su preocupación por la transformación introducida por las escuelas de periodismo en el ejercicio profesional, amén de los cambios que llevaron a estos centros a convertirse en Escuelas de Comunicación Social, con lo cual “se llevaron de calle hasta el nombre humilde que tuvo el oficio desde sus orígenes en el siglo XV”. Para el veterano periodista el resultado de estos cambios no es nada alentador, debido a la desvinculación de los jóvenes egresados con la realidad, ganados más a un protagonismo mediático que a las exigencias creadoras y de verdadera práctica profesional (García Márquez, 1996) a las que obliga la memorable tradición del buen periodismo.

Las carencias que el escritor y periodista colombiano encuentra en la formación académica son, *grosso modo*, las siguientes: a) deficiencias en saberes humanísticos; b) problemas de escritura (gramática y ortografía), así como en comprensión lectora; c) problemas éticos en cuanto al manejo de la confidencialidad de las fuentes y el uso de procedimientos irregulares para la obtención de informaciones; d) sacralización de la primicia y la obtención de informaciones espectaculares a cualquier precio. Y lo peor: “Algunos, conscientes de sus deficiencias, se sienten defraudados por la escuela y no les tiembla la voz para culpar a sus maestros de no haberles inculcado las virtudes que ahora les reclaman, y en especial la curiosidad por la vida” (García Márquez, 1996).

La explicación que el autor encuentra a esta situación viene por la vía de los fines mismos de la enseñanza del oficio y su ampliación hacia otras esferas de la Comunicación Social, con lo cual se descolocó el centro mismo de la formación profesional:

*Tal vez el infortunio de las facultades de Comunicación Social es que enseñan muchas cosas útiles para el oficio, pero muy poco del oficio mismo. Claro que deben persistir en sus programas humanísticos, aunque menos ambiciosos y perentorios, para contribuir a la base cultural que los alumnos no llevan del bachillerato. Pero toda la formación debe estar sustentada en tres pilares maestros: la prioridad de las aptitudes y las vocaciones, la certidumbre de que la investigación no es una especialidad del oficio sino que todo el periodis-*

mo debe ser investigativo por definición, y la conciencia de que la ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón (García Márquez, 1996).

Esta inquietud llevó a García Márquez a promover desde finales de la década de los 80, la creación de una institución que permitiera volver sobre la práctica profesional, con talleres dedicados a trabajar “la carpintería del oficio”, pero también a propiciar una reflexión sobre la función de servicio público que cumple el periodismo. El resultado fue la creación, en 1994 de la Fundación Para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), que ya cuenta con más de un centenar de talleres realizados con apoyo de la UNESCO y con la presencia de periodistas de distintas nacionalidades, como participantes y como conferencistas.

Los fines de la FNPI, como bien los delineó su fundador, no suponen competir con la función cumplida por las Escuelas y Facultades de Comunicación, sino más bien constituirse en un espacio alternativo para aprender periodismo en sus diversas formas, mediante talleres con los cuales, como afirmó el propio García Márquez “no estamos proponiendo un nuevo modo de enseñarlo, sino tratando de inventar otra vez el viejo modo de aprenderlo” (Ibid).

La propuesta lanzada a los cuatro vientos por García Márquez está dirigida a recuperar el amor por el oficio desde su práctica, obligar al periodista a una reflexión sobre su propia cultura y los alcances éticos de su ejercicio profesional. Y quizás aquí radique la gran crítica que periodistas y escritores le hacen a la formación profesional e incluso, al desempeño profesional en los medios: la deshumanización y el desamor por el oficio.

Más allá de la visión romántica o heroica de un oficio paradójicamente tan cerca y a la vez tan lejos del poder, abrazado a la humanidad y sus desvelos, el periodismo es algo más que una profesión: es una forma de vida, una manera de interrogar a la vida y dar cuenta de ella, de sus miserias y milagros. Y es esta la posición de periodistas como Ryszard Kapuscinski, quien en un taller al que fue invitado por la FNPI en el año 2000, llamaba la atención sobre el hecho de que muchos periodistas ingresan a la profesión sin deseos de permanecer en ella por el resto de su vida: “si encuentra mejor pago en una compañía de carros se va”, advertía el autor de libros como *El Emperador* (1989), *El Sha* (1997), *El Imperio* (1997), *Ébano*

“

**Tomás Eloy Martínez recuerda cómo una buena parte de los mayores nombres de la literatura latinoamericana, como Borges, García Márquez, Fuentes, Onetti, Vargas Llosa, Asturias, Neruda, Paz, Cortázar fueron alguna vez periodistas**

”

(2000). Para Kapuscinski, el periodismo es una “profesión que requiere algo de sentido de misión y de vocación, porque es muy dura y si no se tiene valentía es mejor cambiar de oficio”. Según el periodista polaco, “sacrificio y estudio” son dos condiciones que se imponen para quien quiera ejercer el periodismo:

*Cuando me encuentro con estudiantes de primer año de periodismo les digo ‘si ustedes quieren todavía tienen tiempo, todavía son jóvenes, si pueden hacer algún otro trabajo no hagan nada de esto’, porque si no están comprometidos con la profesión, ésta puede convertirse en un quehacer de cosas automáticas [...] El peligro de esta profesión es la rutina y creer que cuando se aprende algo ya lo sabemos todo.* (Kapuscinski, 2000).

En este mismo sentido, encontramos la reflexión de Tomás Eloy Martínez, periodista y escritor argentino vinculado a nuestro país desde los años 70, cuando estuvo al frente de la por entonces novedosa experiencia de *El Diario de Caracas*. En 1997 planteaba que “casi todos los periodistas están mejor formados que antes, pero tienen -habría que averiguar por qué- menos pasión; conocen mejor a los teóricos de la comunicación pero leen mucho menos a los grandes novelistas de su época”. Autor de libros como *Lugar común la muerte* (1985), *La mano del amo* (1991) y *Santa Evita* (1997), Martínez, recuerda cómo una buena parte de los mayores nombres de la literatura latinoamericana,

como Borges, García Márquez, Fuentes, Onetti, Vargas Llosa, Asturias, Neruda, Paz, Cortázar fueron alguna vez periodistas o estuvieron vinculados a la experiencia de la prensa. Al referirse a los límites siempre borrosos entre el periodismo y la literatura, considera al primero una forma de vida y jamás una forma de ganarse la vida, además de concebirlo como “un instrumento para pensar, para crear, para ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta” (Martínez, 1997).

### III. DE LA ACADEMIA HACIA LA CALLE

A los ecos de la calle, sobre la enseñanza del periodismo, se suma la reflexión que acompañó tanto esfuerzos de creación de las primeras instituciones educativas universitarias en el área, a partir de la necesidad de aportar profesionales calificados a la expansión industrial de la prensa y a la diversificación de medios surgidos con nuevos desarrollos tecnológicos. Aunque se reconocen como pioneras las iniciativas del General Robert Lee, en 1866, para crear los estudios profesionales de periodismo en Estados Unidos o la fundación en 1899 de la Escuela Superior de Periodismo de París, es en el siglo XX cuando la formación del periodista irá aparejada de los vertiginosos cambios producidos en las comunicaciones, desde la aparición de la radio y la TV hasta llegar a las prácticas comunicativas que propicia Internet.

Enrique de Aguinagua, catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid, ha señalado con pertinencia que el siglo XX ha estado atravesado por el debate inacabado acerca de la enseñanza del periodismo y en el que “la profesión periodística se confunde con el oficio periodístico, con la empresa periodística, con la libertad de expresión e información, con la literatura, con la política y con el propio periodismo” (Aguinaga, 2000).

La enseñanza universitaria del periodismo surgirá con la impronta de legitimar socialmente una práctica profesional que progresivamente se inscribía en la realidad de un mercado laboral necesitado de “mano de obra” para la diversificación noticiosa industrial. No en vano, una de las primeras escuelas de periodismo consideradas pioneras en Estados Unidos fue la de la Universidad de Columbia, promovida por uno de los magnates de los periódicos “de a centavo”, Joseph Pulitzer.

En América Latina, la primera de estas experiencias docentes se ubica en la

Universidad Nacional de la Plata en Argentina, creada en 1935, mientras que en nuestro país los estudios universitarios de periodismo se iniciaron con la creación, el 24 de octubre de 1946 de la Escuela de Periodismo en la Universidad Central de Venezuela. El crecimiento y multiplicación de estos centros puede calibrarse si se piensa que mientras en 1950 había sólo 12 escuelas de periodismo en Latinoamérica, cuatro décadas después alcanzaban las 277 escuelas (Fuentes Navarro, 1991).

Pese a esa explosión numérica, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, tanto del escenario profesional como del académico provendrán las dudas respecto a si las escuelas estarían en condiciones de ser una instancia socializadora ajustada a las necesidades y retos de la profesión (Humanes y Ortega). Como lo han estudiado diversos autores (Márquez de Melo, Andión, Martín Barbero, Gargurevich), las escuelas de periodismo estaban inicialmente divididas entre la influencia europea, más centrada en los efectos de los mensajes informativos y su alcance social, y los modelos universitarios norteamericanos dedicados casi exclusivamente a la técnica del periodismo y sus modalidades informativas. Pero a partir de los años 60 se produce lo que se ha llamado “la ciespalización” en la formación profesional, al promoverse desde el Centro de Estudios Superiores de Periodismo (ahora de Comunicación) para América Latina (CIESPAL), la idea de un comunicador “polivalente”, capaz de enfrentar tanto los haceres tradicionales del periodismo como las prácticas nacidas de la expansión de los medios radioeléctricos, lo cual condujo al cambio de denominación de las escuelas de periodismo a las de comunicación social, como ocurrió en nuestro país a partir de 1976.

#### IV. MÁS ALLÁ DE LA DUDA: ENSEÑAR O ENSEÑAR

Los reproches, las críticas han llovido con generosidad sobre el techo académico. A las escuelas se les acusa de privilegiar el estudio social de la producción informativa, en desmedro de la formación práctica que garantice el cabal desempeño profesional de los periodistas en ejercicio. Mientras, la Academia responde que las escuelas están para producir conocimiento, antes que para aportar mano de obra al mercado laboral. Como observan Humanes y Ortega en su libro *Algo más que periodistas*: “las ciencias de la comunica-

66

**Pero a partir de los años 60 se produce lo que se ha llamado “la ciespalización” en la formación profesional, al promoverse desde el Centro de Estudios Superiores de Periodismo (ahora de Comunicación) para América Latina (CIESPAL), la idea de un comunicador “polivalente”**

99

ción se enfrentan a la dificultad de unir los contenidos de las técnicas periodísticas con el estudio científico de la comunicación de masas, lo cual ha provocado la ya mencionada separación entre la formación ofrecida en las empresas y los estudios de la universidad” (Humanes y Ortega, 2000:108). Estos autores se han referido a los cambios que han traído consigo la academización de la enseñanza en el periodismo, los cuales resultan positivos y se hacen evidentes en varios campos, a saber:

- Ha afectado los contenidos de la formación, al darle mayor énfasis a los alcances sociales y políticos de la comunicación de masas.
- Introdujo la especialización y propició la incorporación “de métodos científicos como parte de las técnicas de trabajo periodístico (por ejemplo el periodismo de investigación y de precisión)”.
- Incidió en la evolución misma del periodismo en su conformación de status de profesión.
- Propició innovaciones en los modos de trabajar, “mayor especialización, cualificación y autonomía, y en menor medida ha servido como control en la selección y reclutamiento de periodistas” (Humanes y Ortega, 2000:108).

Para seguir sumando a favor del necesario alejamiento de esta suerte de vocación hamletiana del ser o no ser de la enseñanza del periodismo y por extensión de la comunicación social, voces como la de Jesús Martín Barbero, plantean la necesidad de “preguntarnos qué sucede en las Facultades de Comunicación y qué pasa en las empresas periodísticas para que haya este malentendido permanente entre lo que las escuelas de comunicación intentan, entre lo que hacen y entre lo que ven los de afuera, a partir de los resultados que presentan los egresados”.

En una entrevista que le realizaran en la revista *Signo y Pensamiento* (1998), Martín Barbero propone recolocar el problema, dejar a un lado el debate entre la academia y la calle, entre los saberes teóricos *versus* la práctica profesional, para plantear la necesidad de preguntarse cómo hacer para que las escuelas y facultades de comunicación no renuncien a la creación de un proyecto de país y cómo hacer para formar periodistas que no se laven las manos frente a la sociedad a la cual se deben.

Un aspecto al que se refiere el autor de *Comunicación masiva: Discurso y poder* (1978) y *De los medios a las mediaciones* (1993), es la necesidad de colocar el debate en una perspectiva histórica. Por un lado, a partir del reconocimiento de que el reto “está en darnos cuenta de que juntar Comunicación y Periodismo es juntar dos cosas que hoy día tienen muy poco que ver”. En este punto, cabría volver sobre el caso venezolano y recordar lo planteado por el fallecido escritor y periodista Héctor Mujica, exdirector de la Escuela de Comunicación Social de la UCV en momentos claves para esta institución (1958-64, 1969-70), quien sostenía que si fuese de nuevo director de la Escuela “lo primero que haría sería transformar la Escuela en la Facultad de Ciencias de la Comunicación Social. Por cuanto ya éste es un híbrido que no se soporta: no es ni una Escuela de Periodismo, ni una Escuela de Comunicación Social (Cuenca, 1998:117).

De vuelta a Martín Barbero, el investigador de la comunicación puntualiza sobre la imposibilidad de colocar en un mismo nivel de desarrollo los estudios de comunicación y las nuevas derivaciones en oficios diversos, con otros saberes con más de siglo y medio de historia y de legitimación social: “En esto no hay que ser masoquistas. Las nuestras no tienen el mínimo de tiempo para legitimarse como saber porque estamos en una encrucijada en la cual decir Comunicación hoy es decir una palabra absolutamente clave de la mo-

dermización del mundo, de la configuración de las sociedades modernas”.

Otro de los retos que vislumbra Martín Barbero es el de abandonar la pretendida aspiración de formar un profesional que alimente con su mano de obra los intereses empresariales de las corporaciones mediáticas. Desde esta perspectiva, entra en coincidencia con intelectuales, periodistas y académicos en distintos países, para quienes la enseñanza universitaria debe ir a contracorriente de la tendencia de formar un profesional “neutro”, “carga ladrillos”, conocedor de su oficio pero sin conexión con su país y su realidad. Como lo enfatiza en la ya citada entrevista:

*Necesitamos de lo otro: de profesionales que tengan un mínimo de herramientas para poder ubicarse en esta sociedad y, que sin ser maniqueos, sepan realmente que hay intereses colectivos e intereses privados, que hay intereses en la guerra y hay intereses en la paz. Lo mínimo es esto. Es que no pueden salir manejando únicamente cámaras, micrófonos y grabadoras sin que nada de esto apunte a entender mínimamente lo que está pasando en la sociedad (Signo y Pensamiento, 1998).*

Como se deriva de lo anterior, sería erróneo insistir, entonces, en que las universidades provean de una mayor capacitación técnica y mayores habilidades prácticas en el manejo de técnicas y procesos informativos. De ser así el panorama resultante sería el de periodistas formados en las escuelas, con títulos de comunicadores, escindidos entre el ser y el no ser de un oficio al que llegan en muchos casos por las compuertas de la necesidad laboral y en otros por el decidido afán de pertenecer a las legiones de la prensa, pero sin mayor profundización intelectual y humanística respecto a una práctica, que como han señalado diversidad de autores, ha significado el desarrollo de un nuevo paradigma cultural “en el que sus contenidos y elaboraciones dependen cada vez más del periodismo” (Ortega, 1994).

Otro de los riesgos latentes en la actual formación universitaria de los periodistas es la señalada trivialización y la banalización de un ejercicio profesional en el que, como bien apunta el catedrático chileno Abraham Santibáñez, la figura del comunicador deriva en un personaje que destaca por su capacidad para levantar escándalos, erigiéndose como juez de la vida pública “confundiéndose en la búsqueda de la verdad con la incursión a destajo en la vida de los demás y no teniendo más criterio que el del *rating* o el *people-meter*” (Santibáñez, 2002).

En coincidencia con maestros del po-

“

**El desafío de las escuelas es, precisamente, dotar a sus estudiantes de una sólida base cultural, en saberes humanísticos y de las ciencias sociales, así como de herramientas técnicas que hagan posible el manejo de la información alejada de la fragmentación y la espectacularidad.**

”

riodismo ya citados en líneas anteriores (García Márquez, Kapuscinski y Martínez), Santibáñez cuestiona el “periodismo descafeinado, sin alma, sometido al poder—de cualquier tipo— como si lo más importante fuera mantener la “pega” [el cargo] y no provocar controversia”. También destaca la función social de una profesión que como la periodística cada día expande su ámbito de competencias, a la vez que ubica a los periodistas como “parte fundamental de la subsistencia de una democracia moderna”. De hecho, para este autor, como también lo ha hecho ver Ortega (1994) en otra parte, el desafío de las escuelas es, precisamente, dotar a sus estudiantes de una sólida base cultural, en saberes humanísticos y de las ciencias sociales, así como de herramientas técnicas que hagan posible el manejo de la información alejada de la fragmentación y la espectacularidad.

En una conferencia titulada “*Los desafíos para la enseñanza universitaria del periodismo en el siglo XXI: entre el ciberespacio y la democracia banalizada*”, presentada el año pasado, Santibáñez dibuja los retos que asoman para el porvenir de la enseñanza del periodismo:

*Hace medio siglo un estudiante de periodismo estaba casi inevitablemente condenado a ser empleado de una empresa. Hoy entendemos que está capacitado para abarcar y emprender muchas otras tareas, en y fuera de los medios, y esta po-*

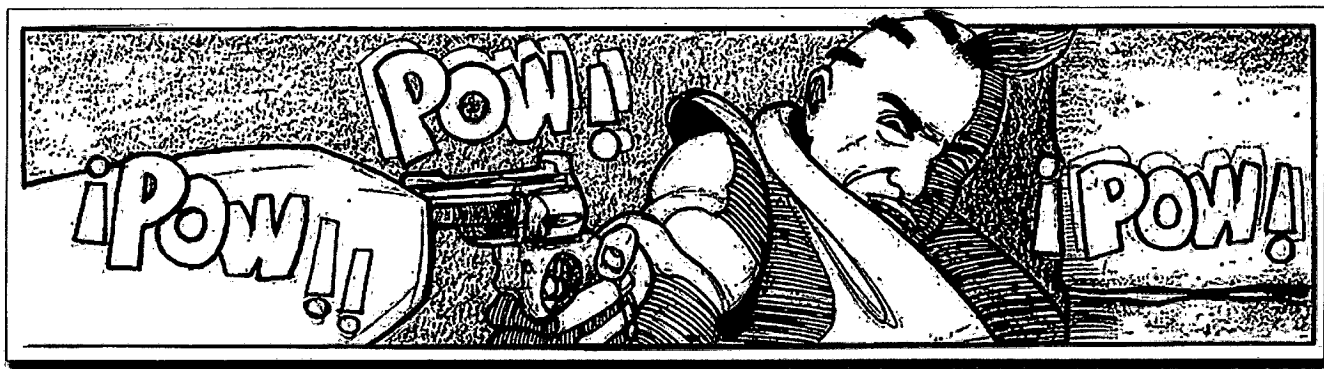
*sibilidad debe ser tomada como una valiosa oportunidad ante el desafío que implica la proliferación de Escuelas y de estudiantes de Periodismo [...] Lograr que nuestros estudiantes tengan esta visión de su futuro profesional como periodistas, que lo entiendan como un servicio, que lo asimilen como una gran responsabilidad ética en un mundo sobrecargado de información, y que, al mismo tiempo, se sientan capaces de hacerlo de manera atractiva, fascinante, no importa cuál sea el soporte que empleen, es sin duda un gran desafío. En las Escuelas de este comienzo de siglo nos corresponde estar a la altura de esta exigencia (Santibáñez, 2002).*

En un presente marcado por un inusual crecimiento en la matrícula de las escuelas de comunicación social y en un momento cultural en el que la comunicación y en particular el periodismo, son aspectos claves en la conformación de los valores y universos simbólicos contemporáneos, la formación de los periodistas implica la responsabilidad de ir más allá de los reclamos de un mercado laboral ávido de nuevas figuras, pero también más allá de las tentaciones refractarias de la academia frente a los ecos de un país en crisis.

Sigue en pie la pregunta lanzada por el teórico de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Juan Gargurevich (2000) respecto a la formación profesional del periodista: “¿Sintoniza la universidad con las demandas sociales, entendidas éstas como comprensión de necesidades y atención a reclamos?” y, preguntamos nosotros, ¿cómo lograr estos desafíos frente a los cantos de sirena de un mundo sobrecargado de información y empeñado en reducir la autonomía de vuelo de un oficio que cuando se ejerce con responsabilidad y a consciencia resulta indócil y amenazador? No son pocas las lecciones pendientes para nuestras escuelas.

■ **Moraima Guanipa**  
**Periodista, poeta y profesora de la**  
**Universidad Central de Venezuela**





## Notas y referencias bibliográficas

- DE AGUINAGA, Enrique (2000): "El periodista en el umbral del siglo XXI". Sala de Prensa, N° 24, octubre 2000, año III, Vol. 2. (<http://www.saladeprensa.org>).
- CUENCA DE HERRERA, Gloria (1998): *La enseñanza de la comunicación y el periodismo en Venezuela*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la UCV.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1991): *Diseño curricular para las Escuelas de Comunicación Social*. México: Editorial Trillas-FELAFACS.
- GALEANO, Eduardo (1978): *Días y noches de amor y de guerra*. Barcelona: Editorial Laia.
- GARCIA MARQUEZ, Gabriel (1996): "El mejor oficio del mundo". Palabras pronunciadas ante la 52a. asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP, en Los Angeles, Estados Unidos, octubre 7 de 1996 (<http://www.fpni.com>).
- \_\_\_\_\_ (2002): *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma.
- GARGUREVICH, Juan (2001): "Qué periodismo y cómo enseñarlo: una reflexión urgente". Sala de Prensa, N° 30, octubre 2000, año III, Vol.2. (<http://www.saladeprensa.org>).
- HUMANES, María Teresa y ORTEGA, Félix (2000): *Algo más que periodistas. Sociología de la profesión*. Madrid: Editorial Ariel.
- KAPUSCINSKI, Ryszard (2002): *Los cínicos no sirven para este oficio*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- \_\_\_\_\_ (2000): Intervención de Ryszard Kapuscinski en la sede de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, octubre de 2000 (<http://www.fpni.com>).
- KRAUS, Karl (1998): *Contra los periodistas y otros contras*. Barcelona: Taurus.
- MARTINEZ, Tomás Eloy: "Periodismo y Narración: Desafíos para el siglo XXI". Conferencia pronunciada ante la asamblea de la SIP el 26 de octubre de 1997, en Guadalajara, México.
- ORTEGA, Félix (1994): *El mito de la modernización*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Revista *Signo y Pensamiento*. Entrevista a Jesús Martín Barbero: "Las facultades de Comunicación no pueden renunciar a un proyecto de país". Bogotá Universidad Javeriana, N° 31, 1998 (<http://www.javeriana.edu.co>).
- SANTIBAÑEZ, Abraham (2002): "Los desafíos para la enseñanza universitaria del periodismo en el siglo XXI: entre el ciber-espacio y la democracia banalizada", Universidad de Chile (<http://www.encuentroconosur.uchile>).
- URABAYEN, Miguel (1988): *Estructura de la información periodística. Concepto y método*. Barcelona: Editorial Mitre.
- VARGAS LLOSA, Mario (1993): *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral.
- VESTRINI, Miyó (1994): *Salvador Garmendia pasillo de por medio*. Caracas: Editorial Grijalbo.

